

¿Hacia un neo-cesarismo?

♦ MARCOS KAPLAN

El vertiginoso ascenso de Hugo Chávez y su movimiento a la presidencia de Venezuela, su gobierno y la evolución de éste hasta hoy sugieren un posible retorno del *cesarismo* o *bonapartismo* en diversos países de la región, aunque con los antecedentes de una historia milenaria diversa. El cesarismo constituye el tipo de dominación y de régimen impuesto por el tirano griego Julio César, por Napoleón Bonaparte y por Bismarck. En el siglo XX, se encuentran gérmenes y rasgos del cesarismo en el fascismo italiano y alemán, el partido bolchevique, el régimen stalinista y el gaullismo en Francia. Al nasserismo egipcio en el Medio Oriente, se agregan en América latina los gobiernos de Getulio Vargas en Brasil y de Juan Perón en Argentina, el régimen militar-nacional-populista surgido del golpe de 1968 y presidido por el general Velasco Alvarado y, recientemente, el fujimorismo, en Perú, y Hugo Chávez, su persona, su movimiento y su gobierno, en Venezuela.

Cesarismo, bonapartismo, bismarckismo, presentados más o menos como sinónimos, han sido examinados e interpretados por representantes de una gran diversidad de campos y tendencias de las ciencias sociales, posiciones ideológicas y corrientes políticas, dentro y fuera del campo marxista. A la diversidad de enfoques teóricos, ideológicos y políticos, se ha unido la insuficiencia de su elaboración conceptual y de su investigación empírica.

Llámeselo cesarismo, bonapartismo o bismarckismo, su enfoque y su tipificación pueden usarse para analizar el caso de Hugo Chávez y el "chavismo" en Venezuela, y eventualmente otros casos latinoamericanos. Su estudio debe tener en cuenta supuestos, rasgos, tendencias y efectos como los siguientes.

Desde Julio César, quien deja una honda huella en la memoria histórica a través de los siglos, el cesarismo es un poder fuerte que, gracias a un estrecho vínculo con los instrumentos de coacción y control, puede desligarse de los intereses y fuerzas particulares de clases, grupos e instituciones, y de la sociedad en general, colocarse por encima de todos, contraponer a unos contra otros, ejercer acciones y políticas de equilibrio y arbitraje entre ellos y proclamarse representante auténtico y necesario de la sociedad y de sus principales componentes.

El cesarismo surge y se desarrolla en situaciones excepcionales, fases de crisis y estancamiento, o bien de transición y flexión en procesos de desarrollo, con fuertes y rápidos cambios en clases y grupos, así como en los respectivos conflictos de éstos.

Clases y grupos de composición heterogénea, correspondientes a una variedad de estratos y sectores, tienen distintas capacidades para orientarse y organizarse social y políticamente, y diferencias en el sentido y el ritmo de sus acciones. De esta manera, según Gramsci, la división de una fuerza dominante en facciones discordantes puede permitir que otra fuerza, de menor importancia, desafíe el poder tradicional. La lucha entre una fuerza regresiva y una progresiva puede dar lugar a la intervención de otra tercera desde el exterior, que las someta a ambas.

En especial, como factores y componentes de una *crisis orgánica*, pueden crearse, en diferentes niveles, graves contrastes y divergencias entre representantes y representados. Los grupos sociales se alejan de sus partidos tradicionales, que dejan de ser reconocidos como expresión de una clase, sector o fracción de ella. Esta crisis de representación puede

deberse a un fracaso de elites y grupos dominantes en empresas importantes, o a una imprevista movilización política de masas antes sumisas y que expresan al sistema político crecientes demandas. Los partidos políticos tienden a la rutinización y la esclerosis, al debilitamiento o la pérdida de su representatividad y de su capacidad operativa respecto a las clases, fracciones y grupos, y a la sociedad global. Las fallas momentáneas o perdurables de las clases y fracciones dominantes pueden acompañar la inmadurez y debilidad de grupos y estratos emergentes y en contradicción o conflicto con las primeras.

Los conflictos pueden desembocar en una situación de *equilibrio inestable*. Las clases y fracciones dominantes, debilitadas o en declinación, no pueden seguir imponiendo su hegemonía de modo indiscutido e irrestricto. Las clases subalternas o dominadas pueden ir de la pasividad y el sometimiento a la actividad y la rebeldía, y desafiar la dominación tradicional sin ser capaces de remplazarla por una propia. Así, en palabras de Marx, una clase pierde y la otra no gana la capacidad efectiva para regir la nación. Las fuerzas en lucha se equilibran de manera catastrófica (Gramsci).

Creada la situación de equilibrio inestable y virtualmente catastrófico de las fuerzas en conflicto, es posible, si no probable, que no se constituya o rehaga con suficiente rapidez un equilibrio sólido y perdurable, e incluso que el enfrentamiento lleve a la destrucción de las clases y grupos en confrontación, y de la sociedad misma.

El cesarismo es además coproducido o reforzado por el aumento del poder del Estado (sobre todo el Poder Ejecutivo), su centralización, un amplio aparato gubernamental, la burocratización de la sociedad y su sometimiento al poder militar-policial-administrativo, el decaimiento y la desintegración de las instituciones políticas representativas, y la pérdida de peso de los poderes intermedios entre el Estado y el individuo.

Esta constelación de circunstancias y las coyunturas específicas de desorden, agitación y conflictos sociales, de equilibrio inestable y estancamiento catastrófico de las principales fuerzas de clase, dan al brazo ejecutivo el espacio sustancial para la maniobra política: la instalación del César (individual o grupal) mediante un *golpe de Estado*. Éste puede ser abierto o encubierto, registrarse al margen y en contra del régimen constitucional y jurídico vigente, o de acuerdo con él. El cesarismo nace de una legalidad cuestionada pero vigente, o de una ilegalidad sin reservas. En ambos casos, trata de compensar sus limitaciones de origen con variados recursos de legitimación y consenso: plebiscitos y referendos,

reformas constitucionales, institucionales y jurídicas. Todo ello es posible gracias a los vastos recursos de manipulación ofrecidos por los medios masivos de comunicación y propaganda. De ello da fe la evolución, a través de la historia, de los diversos instrumentos de información y comunicación, en grados diferentes determinados por el desarrollo de la tecnología en que se basan. La crisis se abre a diferentes salidas, que pueden encarnarse en un jefe o régimen cesarista, bonapartista o bismarckiano, y resolverse por medio de una exitosa restructuración de fuerzas que restablezca el vínculo eficaz entre representantes y representados, por vía de nuevos partidos o coaliciones y la disolución de otros.

Las distintas manifestaciones históricamente conocidas de cesarismo se diferencian en cuanto a los modos de encarnación, los medios de instrumentación, los mecanismos de funcionamiento, la naturaleza y las consecuencias de su acción, las crisis del régimen o gobierno y las formas de sucesión y superación.

El cesarismo constituye una forma *autoritaria* de organización de la política y del gobierno. Ella puede encarnarse en una personalidad representativa (Julio César, Cromwell, el gran Bonaparte y Napoleón el Pequeño, Bismarck, Perón, Nasser...). También llega a materializarse en una dirección colectiva (la Convención en la Revolución francesa) y en ciertas manifestaciones específicas de parlamentarismo a que se refiere Max Weber. Los casos más frecuentes y significativos surgen como *dirección militarista y altamente personalizada*.

Las bases e instrumentos de poder y operación del cesarismo suelen ser la burocracia civil, las fuerzas armadas regulares, los grupos irregulares (paramilitares y parapoliciales), la policía en sentido restringido (represión estatal de la delincuencia y la subversión social) o amplio (conjunto de fuerzas gubernamentales y particulares que tutelan el orden existente y las relaciones vigentes de dominación y hegemonía), las iglesias y los cleros y la captación por medio de la corrupción e intimidación de los funcionarios de partidos políticos, sindicatos obreros y organizaciones empresariales.

La incorporación a las bases y coaliciones de intereses del cesarismo incluye la de sectores considerables de intelectuales reclutados en diferentes grados, fascinados por la posibilidad de llegar a desempeñarse como variedades de eminencia gris, consejeros del príncipe o un poder detrás del trono. Otra significativa vertiente es la coalición que se consuma entre grupos del *establishment* político y policiaco-militar, sobre todo el vinculado a servicios secretos y funciones de la llamada *inteligencia*, y sectores *lumpenizados*,

instalados y operantes en los sótanos y cloacas de la sociedad, vinculados por mil nexos e interrelaciones, por una parte, con autoridades públicas y corporaciones privadas y, por la otra, con el crimen organizado.

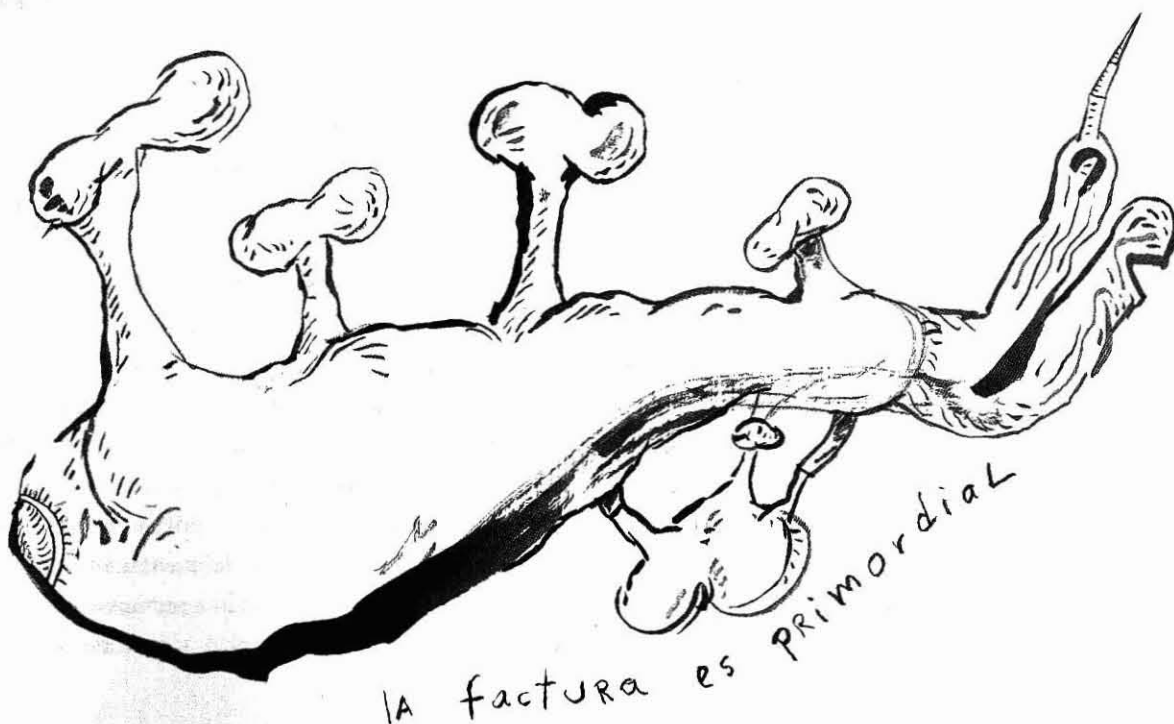
El cesarismo combina, en proporciones variables, elementos de *autoritarismo*, *populismo*, *nacionalismo*, *chovinismo* y *militarismo*, entrelazados e interdependientes.

El poder se *personaliza* en la figura de un dirigente presuntamente fuerte, providencial y heroico, dotado de aptitudes excepcionales y aceptado en mayor o menor medida como tal. La retórica populista y la propaganda apologética sirven a las operaciones de creación y refuerzo de su prestigio, de búsqueda permanente de popularidad, de invención del *carisma* (que es siempre más un producto que una esencia). El dirigente pretende encarnar y defender al pueblo en bloque contra intereses estrechos y parciales de elites o clases, se asume como expresión directa de la voluntad indivisible del pueblo soberano y se afirma como máxima expresión de los intereses y movimientos nacionales. El César quiere gozar de un poder fuerte, altamente concentrado, y necesita incrementarlo con el fin de desligarse de intereses particulares, preparar una política integrada que supuestamente aspira a responder ante todo a los intereses generales de la sociedad y garantizar la continuidad indefinida de su instalación en el gobierno (la búsqueda de la o las reelecciones se produce tarde o temprano).

El cesarismo presupone e incluye el menosprecio de la política y la voluntad de independizarse respecto de ella; busca marginar y subordinar a los partidos y las institucio-

nes políticas representativas preestablecidas, o mantenerlos en esas condiciones. El cesarismo se inclina a gobernar por *diktat*, siempre que ello le sea posible y conveniente, y emplea medidas policiales para ahogar a la oposición o someterla a su arbitrio. Recurre a la fuerza y a los aparatos estatales, y abusa de ellos, para apoyar las propias orientaciones políticas e imponerlas a clases, grupos e instituciones. La legitimación del régimen, del dirigente y de las medidas excepcionales se busca siempre, y en diversos grados se logra, mediante apelaciones directas a la población, reformas constitucionales, reestructuraciones institucionales, plebiscitos y otros instrumentos y mecanismos de ligazón directa del dirigente y las masas. Son relegadas las fuerzas e instancias políticas que no forman parte del régimen. Se obstaculiza el avance o la existencia misma del pluralismo político.

Dotado de un fuerte aparato estatal, con fuerte tendencia burocrático-militar-policial, el cesarismo llega a gozar de considerable autonomía respecto de las fuerzas sociales y se apoya en los conflictos entre éstas para manipular a unas y a otras. Aparenta neutralidad ante las clases y los grupos, media entre ellos y favorece a todos por igual, aunque en diferentes grados. El cesarismo nunca ataca de manera total los intereses o grupos en posición socioeconómica dominante y es capaz de promover en favor de ellos el capitalismo mediante una intervención más o menos intensa y masiva del Estado, sin renunciar a su propio poder y a su autonomía. Por otra parte, al mismo tiempo, es capaz de realizar políticas sociales en favor de grupos medios y populares, acompañadas por la publicitación apologética de las mismas.



Dotado de una independencia considerable, el cesarismo sin embargo no se halla suspendido en el vacío, y su autonomía y neutralidad son, en última instancia, más aparentes que reales. Pretende ser poder imparcial, encarnación de la sociedad y representación—simultánea o sucesiva—de varias clases o de todas. Su capacidad de iniciativa independiente no es afectada por las necesidades y exigencias específicas de una clase, fracción o estrato; opone a una o varias clases contra otras, las favorece y las somete por separado o en su conjunto. Por otra parte, no obstante, el cesarismo surge y funciona a partir de un orden social determinado, al que en última instancia no pretende modificar sino controlar y consolidar. De hecho opera así como defensor en esencia de las fracciones hegemónicas y clases dominantes, a veces con la incomprensión y la hostilidad de ellas mismas. En las experiencias cesaristas, nunca está totalmente ausente la tentación del dirigente carismático y de las elites político-burocráticas y policiaco-militares que lo encarnan y sostienen de transformarse de servidores en amos de la sociedad.

Según la conocida (y debatible) distinción de Gramsci, el cesarismo puede ser progresivo (Julio César, Cromwell, Napoleón I), o más o menos regresivo (Napoleón III, Bismarck); puede representar, preparar o reforzar una continuidad meramente evolutiva o una tendencia regresiva, o bien un cambio de características más o menos reformistas o revolucionarias, según que refuerce y lleve al triunfo, con o sin compromisos y limitaciones, a fuerzas de transformación y desarrollo, así como crear o consolidar un nuevo tipo de Estado. O bien puede ser un cesarismo que no represente una ruptura con el pasado, sino más bien una evolución del viejo tipo. De hecho, todo cesarismo constituye una siempre cambiante constelación o amalgama de fuerzas y tendencias regresivas y progresivas.

Los conflictos o antagonismos entre clases y grupos que llevan al cesarismo no tienen un carácter absoluto que dificulte o impida en cierto momento un acuerdo entre las fuerzas, antes confrontadas, en virtud del cual lleguen a un acuerdo superador de las contradicciones que causaron aquéllos o en ellos buscaron una salida.

Un régimen cesarista puede tener éxito al solucionar la crisis que le dio origen, mediante la reestructuración o la instauración de fuerzas políticas que restablezcan una relación eficaz entre representantes y representados y propicien la formación de nuevos partidos y coaliciones y el desfaseamiento o disolución de otros (v. gr., De Gaulle y el gaullismo en la Quinta República Francesa).

A la inversa, más frecuentemente, las múltiples representaciones, misiones y políticas contradictorias que por lo general asume el cesarismo son parte importante de su fuerza, pero al mismo tiempo limitan su capacidad para superar los problemas y conflictos que le permitieron conquistar el poder. Ello termina por profundizar y generalizar el descontento de la mayoría de las clases y grupos ante el cesarismo, y por generar una crisis de gobernabilidad y supervivencia superable de diversas maneras.

En la historia latinoamericana es posible discernir diferentes fases de variedades de cesarismo o bonapartismo, como una de las respuestas posibles a los problemas y retos de los cambios en el contexto internacional, a los proyectos y procesos de desarrollo, a los conflictos sociales y políticos, a las crisis. La *primera fase* se habría registrado en el proceso de independencia y la organización nacional, con algunas variedades de caudillismo tradicional, desde el fenómeno prócer de Simón Bolívar al "cesarismo democrático", expresión con que Laureano Vallenilla Lanz calificó el papel de Juan Vicente Gómez en Venezuela. La *segunda* se produciría entre las dos guerras mundiales, y sobre todo en las primeras décadas posteriores a 1945 (Perón en Argentina, Getulio Vargas en Brasil, el régimen militar-nacional-populista de 1968 en el Perú), y correspondería a los problemas y a los retos de la inserción en un nuevo orden internacional con tendencias a la globalización, de la industrialización y la hiperurbanización, del modelo de crecimiento por sustitución de importaciones, de modernización de fachada y de control y manejo de nuevos grupos y conflictos sociales. La *actual fase* se ejemplifica quizás por el menemismo de la Argentina, seguramente por el fujimorismo en Perú y, sobre todo, por el chavismo en Venezuela.

Ante el fracaso de los regímenes nacional-populistas, el auge y luego el eclipse de las dictaduras del Cono Sur con sus secuelas devastadoras, las vicisitudes y el balance complejo e incierto de las transiciones a la democracia, y la triple propuesta de incorporación a la *globalización/neoliberalismo económico rampante/democracia parlamentaria*, pareció por un momento que las posibilidades de un retorno del cesarismo estaban liquidadas para siempre. El proceso en marcha del chavismo en Venezuela, la continuidad más o menos incierta del fujimorismo y la gama de conflictos y conmociones—actuales y potenciales—, en el resto de la región andina (Bolivia, Ecuador, Colombia) dibujan un enorme signo de interrogación y exigen no descartar las posibilidades de un retorno del cesarismo en América Latina. ♦